

# EL PAISAJE MEGALÍTICO DEL ENTORNO DE ANTEQUERA

Juan Vicente Caballero Sánchez y Florencio Zoido Naranjo, Centro de Estudios Paisaje y Territorio

EL OBJETIVO GENERAL DEL PRESENTE ARTÍCULO ES ABORDAR LAS IMPLICACIONES QUE TIENE EL CONVENIO EUROPEO DEL PAISAJE PARA LOS MONUMENTOS MEGALÍTICOS EN GENERAL Y PARA LOS DÓLMENES DE ANTEQUERA EN PARTICULAR. SE COMIENZA PLANTEANDO DOS CONCEPTOS GENERALES RELACIONADOS CON EL MENCIONADO CONVENIO: CARÁCTER DEL PAISAJE Y RECURSO PAISAJÍSTICO. A CONTINUACIÓN SE REFLEXIONA SOBRE LA CONSIDERACIÓN DE LOS MONUMENTOS MEGALÍTICOS DESDE LA PERSPECTIVA QUE PROPORCIONAN AMBOS CONCEPTOS. FINALMENTE, Y SIEMPRE DENTRO DE ESTE MARCO DE REFERENCIA, SE HACEN ALGUNAS APRECIACIONES SOBRE LA DIMENSIÓN PAISAJÍSTICA DE LOS DÓLMENES DE ANTEQUERA, PRESTANDO ESPECIAL ATENCIÓN A LA ALINEACIÓN QUE FORMAN EL DOLMEN DE MENGA, EL THOLOS DE EL ROMERAL Y LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS.

## MEGALITHIC LANDSCAPE OF THE ANTEQUERA DOLMENS

THE OVERALL OBJECTIVE OF THIS ARTICLE IS TO ADDRESS THE IMPLICATIONS OF THE EUROPEAN CONVENTION ON LANDSCAPES FOR MEGALITHIC MONUMENTS, IN GENERAL, AND, FOR THE DOLMENS OF ANTEQUERA, IN PARTICULAR. IT BEGINS BY PROPOSING TWO GENERAL CONCEPTS RELATED TO SAID CONVENTION: THE CHARACTER OF THE LANDSCAPE AND ITS SCENIC RESOURCES. THE TEXT CONTINUES BY REFLECTING ON THE MEGALITHIC MONUMENTS FROM THE PERSPECTIVE THAT BOTH CONCEPTS PROVIDE. FINALLY, AND ALWAYS WITHIN THIS FRAME OF REFERENCE, THE AUTHOR MAKES SOME ASSESSMENTS ON THE LANDSCAPE COMPONENT OF THE ANTEQUERA DOLMENS, WITH SPECIAL ATTENTION TO THE ALIGNMENT FORMED BY THE MENGA DOLMEN, THE THOLOS OF EL ROMERAL AND THE PEÑA DE LOS ENAMORADOS.

## Introducción

Ante un tema como el megalitismo, reservado hasta ahora a los especialistas en la Prehistoria reciente, puede parecer pretencioso el acercamiento que puedan hacer personas ajenas a ese campo científico. En concreto, cabe plantear la siguiente cuestión ¿qué pueden aportar las personas que proceden del *corpus* teórico y aplicado que constituye la política de paisaje?

Por supuesto, esa aportación no puede situarse en el mismo terreno de juego que el de los especialistas en la materia, especialmente en un tema como el que nos ocupa, objeto de interpretaciones diversas o incluso dispares. La situaremos pues en un terreno distinto, pero igualmente relevante. A este respecto, comenzaremos planteando la siguiente tesis: la arquitectura megalítica puede ser objeto de dos modos de comprensión, al igual que cualquier elemento que nos lega el pasado:

- Un acercamiento orientado a la reconstrucción del pasado, que ha perseguido, durante las últimas décadas, situar el megalitismo en su contexto social y cultural y construir interpretaciones globales sobre esta cuestión. Citaremos, sin ánimo de ser exhaustivos, las aportaciones de Renfrew (1976) desde una óptica funcionalista; las interpretaciones de Criado Boado (1989; 1993), que insisten en el megalitismo como forma de elaboración cultural de la naturaleza; o las de García Sanjuán (2000) acerca de las dimensiones del megalitismo (territorial; social y simbólico-religiosa; temporal).
- Existe un segundo modo de comprensión del megalitismo: entender estas construcciones como parte integrante de un territorio, tal como está configurado actualmente, al cual dotan de unos determinados caracteres territoriales y visuales, así como de determinados significados y connotaciones. Al seguir este camino, cambia nuestra percepción de estas construcciones. Dejan de ser huellas de un pasado remoto, ajenas a nosotros, y se convierten en elemento de un paisaje, es decir, de una parte de la superficie terrestre, dotada de individualidad, y que transmite un universo de significado.

Sin embargo, esta última afirmación requiere de la explicación previa de algunos conceptos, para que sea plenamente entendida. Por tanto, daremos un rodeo: dedicaremos el siguiente epígrafe (Algunos conceptos básicos) al concepto de paisaje y los atributos que lo definen (carácter del paisaje, recursos paisajísticos); a continuación, el epígrafe 3 estará dedicado al concepto de *paisaje megalítico*, como concepto operativo que, en ciertos casos, permite caracterizar y comprender un paisaje actual.

## Algunos conceptos básicos

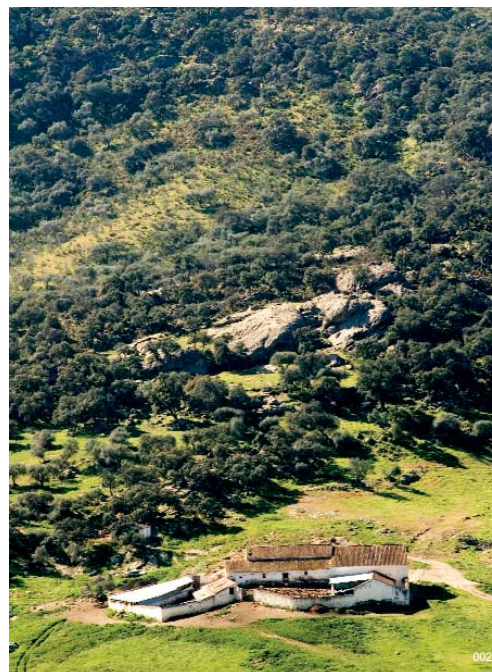
### El carácter del paisaje

Es un hecho bien conocido que el término paisaje es especialmente polisémico y ambiguo, a la vez que dotado de una gran capacidad evocadora. Es pues, necesario, empezar por lo más básico: dejar claro y establecido a qué llamamos paisaje.

Como es bien sabido, para el Convenio Europeo del Paisaje, por paisaje se entiende “cualquier parte del territorio tal como la percibe la población, cuyo carácter sea el resultado de la acción y la interacción de factores naturales y/o humanos” (Convenio europeo del paisaje, versión oficial en castellano: p. 38).

A este respecto, la segunda parte de la definición no ofrece especial dificultad: nos remite a la tradición británica del *landscape character*. Una definición de carácter del paisaje, procedente de esta tradición es la siguiente:

“Una conjunción o combinación particular, reconocible y consistente de elementos presentes en un determinado paisaje que lo hacen diferente de otros paisajes. No implica una valoración de los paisajes identificados. El carácter paisajístico surge a partir de combinaciones particulares de la geología, el relieve, los suelos, la vegetación natural, los usos del suelo, los tipos de explotación y los patrones de los asentamientos humanos” (ENGLISH HERITAGE, 2002)



001. Panorámica desde el interior del abrigo de la Casilla del Búho / Imagen: Pedro Cantalejo

002. Aspecto general del exterior de Peñas de Cabrera / Imagen: Javier Pérez González. Fuente: Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera

003. Perspectiva desde el interior de uno de los abrigos principales de Peñas de Cabrera / Imagen: Javier Pérez González. Fuente: Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera

La reflexión sobre esta definición nos lleva a plantear la siguiente interpretación: el carácter del paisaje, es, en esencia, el orden espacial de un territorio en un momento dado, junto con sus fundamentos naturales e históricos y las cualidades visuales que de todo ello resultan. Dicho orden espacial resulta de una combinación de elementos, los cuales a su vez tienen una historia. De esta manera, el carácter es siempre una *foto fija*, un resultado de procesos de índole diversa, que tienen ritmos diferenciados.

De este modo, puede decirse que el carácter paisajístico se configura al modo de una pirámide:

- En la base se encuentran los fundamentos naturales e históricos: son elementos que han sufrido diversos avatares, pero que siempre aparecen en combinación con otros elementos.
- En el centro se sitúa el orden espacial que resulta de esa combinación.
- En la cúspide se ubican las cualidades visuales que se derivan del orden espacial: cualidades sensoriales, condiciones de visibilidad y otros hechos análogos.

Esta enumeración no implica ninguna jerarquía. De lo que se trata es de mostrar cómo sin los fundamentos naturales e históricos no es posible entender el orden espacial, y que sin éste



no es posible entender los elementos y cualidades visuales. Por tanto, el proceso por el cual se llega a una caracterización completa de un paisaje debe ser acumulativo e inclusivo: la caracterización del orden espacial ya incluye los conocimientos sobre fundamentos naturales e históricos, y la caracterización visual debe tomar en consideración los conocimientos aportados por las dos fases anteriores.

Haciendo una analogía con conceptos usados en otros ámbitos, puede decirse que el carácter es el *estilo* de un paisaje. Del mismo modo que el estilo de un texto hace diferente los escritos de un escritor respecto a los de cualquier otro, lo

mismo ocurre con el carácter del paisaje: es algo fácilmente perceptible pero difícil de expresar y sistematizar, y cuyo conocimiento requiere tanto de técnicas de análisis como de sensibilidad estética.

### Los recursos paisajísticos

La palabra recurso tiene diversas acepciones en el diccionario de la Real Academia de la Lengua, pero la que reviste un mayor interés en el contexto del presente artículo es la siguiente: “Conjunto de elementos disponibles para resolver una necesidad o llevar a cabo una empresa”. Partiendo de ahí, el término recurso paisajís-

tico es idóneo para designar cualquier elemento o rasgo del carácter del paisaje susceptible de ser seleccionado para formar parte de representaciones artísticas o percepciones sociales relativas a la individualidad de un territorio; es, en definitiva, cualquier rasgo del carácter que puede entrar en un proceso de comunicación.

Volviendo a la analogía antes planteada entre paisaje y texto literario, puede decirse que, si el carácter es el estilo de un texto, los recursos paisajísticos son análogos a la experiencia que el lector tiene de dicho estilo, que es siempre una experiencia de comunicación, de transmisión de significado.

Es por ello que, aun cuando pueden hacerse distinciones diversas en relación con los recursos paisajísticos, éstas no deben ser demasiado netas. Lo relevante es que un recurso paisajístico es un elemento o rasgo del carácter con un especial potencial para expresar la individualidad de un territorio o aspectos relevantes de la misma. Esta capacidad expresiva de ciertas imágenes o recorridos, que puede o no haber sido buscada, es el rasgo fundamental de los recursos paisajísticos, y en ella está el origen de su incorporación a las representaciones artísticas y las percepciones sociales.

## Los paisajes megalíticos

### El carácter del paisaje megalítico: rasgos generales

Añadir un adjetivo al sustantivo paisaje sólo cobra sentido cuando un determinado rasgo del carácter se convierte, en un ámbito determinado, en un elemento decisivo de aquél, así como en la fuente principal de recursos paisajísticos. De ese modo, puede hablarse de paisaje fluvial, paisaje agrario... Ahora bien, ¿es correcto hablar, en ciertos casos, de paisajes megalíticos? ¿Cuándo es idóneo y operativo este concepto?

Para calibrar la idoneidad de este término, podemos acudir a las aportaciones procedentes de la literatura científica. Centraremos nuestra atención en dos temas que, en el contexto de las investiga-

ciones sobre el megalitismo, han emergido con fuerza en las últimas décadas: el emplazamiento y la orientación de las construcciones megalíticas. Estas dos cuestiones no agotan por supuesto la problemática asociada al megalitismo, pero constituyen dos aspectos de especial relevancia a efectos de la cuestión aquí tratada.

Respecto a la cuestión del emplazamiento, resulta de interés acudir a los planteamientos de F. Criado Boado y J. Vaquero Lastres (1993) sobre el emplazamiento de los monumentos tumulares gallegos. Estos autores parten de un interpretación general de la arquitectura megalítica que puede sintetizarse como sigue (CRIADO BOADO, 1989):

- La monumentalidad megalítica se construye a través de un proceso complejo que supone la interacción y conjugación de toda una amplia serie de niveles espaciales que se escalonan desde el interior de la cámara.

- En segundo lugar, pero no menos importante, “el nivel primario de arquitecturación de la monumentalidad megalítica es el emplazamiento de los túmulos”. Éste no es sólo un dato más a tener en cuenta, “sino el primer recurso en base al cual se construye el espacio megalítico”.

Estas premisas llevan a estos autores a hacer la siguiente afirmación:

“(...) El fenómeno tumular, en la medida en que es un fenómeno espacial, monumental y arquitectónico, está esencialmente vinculado con la visibilidad; en este sentido se debe reconocer que la finalidad fundamental del megalitismo es ‘visibilizar la muerte’ en sentido espacial y temporal. Es más está bastante claro que aquel conjunto de la cultura material de una sociedad que llamamos ‘monumento’ es en realidad cualquier construcción artificial concebida para mostrarse espacialmente y mantener esa función a lo largo del tiempo” (CRIADO BOADO; VAQUERO LASTRES, 1993: 213)

En cuanto a la arqueoastronomía o arqueotopografía, se trata de una perspectiva reciente, que en los últimos años ha sido aplica-



004. Túmulos de los dólmenes de Viera y Menga /  
Imagen: Ikarum. Fuente: Conjunto Arqueológico Dólmenes  
de Antequera



004

da en la Península Ibérica por, entre otros, M. Hoskin y J. A. Belmonte. El objetivo básico de estas investigaciones es determinar patrones en la orientación de las construcciones de una determinada cultura:

“(…) La orientación de una construcción, como por ejemplo una tumba, un templo antiguo, una iglesia o una mezquita, (...) es un hecho en sí mismo, se mire por donde se mire. Además, si la orientación de un conjunto de edificios sagrados de una determinada cultura, en una cierta región, sigue un patrón determinado, en un rango estrecho de acimutes, ésta es una propiedad del grupo con un gran peso estadístico que difícilmente podemos obviar y que no puede haber ocurrido por casualidad” (HOSKIN; BELMONTE, 2002: 22)

A partir de las consideraciones anteriores, estamos en condiciones de proponer una hipótesis sobre el paisaje megalítico, que conteste a tres preguntas: ¿Cómo identificar y delimitar paisajes megalíticos? ¿Qué rasgos de carácter definen al paisaje megalítico?

Respecto a la primera pregunta, si bien podría hacerse una casuística más o menos prolija, creemos que una respuesta válida es la siguiente: el paisaje megalítico surge, como ámbito con un carácter definido, cuando se consideran conjuntamente las condiciones de emplazamiento de las construcciones y las orientaciones de un grupo de construcciones megalíticas. Esta afirmación no presupone ninguna interpretación sobre el megalitismo. Simplemente planteamos que la consideración conjunta, a nivel empírico, de ambos factores, es una vía útil para identificar y delimitar paisajes megalíticos.

La toma en consideración de ambos temas, de forma conjunta, implica la emergencia de relaciones visuales que de otro modo permanecerían inéditas. Ello, a su vez, supone considerar dos tipos de condiciones de visibilidad: condiciones fuera-dentro, en relación con el emplazamiento; condiciones dentro-fuera, en relación con las orientaciones, sea hacia un solsticio, un elemento del firmamento o un elemento del paisaje.

Estas condiciones de visibilidad requieren de un grado considerable de diafanidad, de forma que se minimicen elementos prominentes, tales como masas arbóreas o construcciones. Es aquí donde reside la clave de la respuesta a la segunda pregunta: es justamente esa diafanidad y apertura el principal rasgo del carácter del paisaje megalítico. Sin él, no podría hablarse de tal. Por tanto, las construcciones megalíticas son una oportunidad para abrir el carácter del paisaje y poner en valor los recursos paisajísticos que de ello resultan. El paisaje megalítico es un paisaje esencialmente abierto, sea cual sea su amplitud, en el que las construcciones megalíticas coexisten con otros recursos paisajísticos, muchos de los cuales no existirían sin ese carácter abierto. En ámbitos caracterizados por la presencia de pequeñas elevaciones, o por la alternancia entre áreas llanas y elevadas, el paisaje megalítico cobra un valor especial, y se convierte en un vehículo privilegiado para poner en valor la diversidad de recursos paisajísticos que estas áreas pueden albergar.

#### Recursos paisajísticos y paisaje megalítico

¿Qué recursos paisajísticos derivan de esos rasgos de carácter propio del paisaje megalítico? Esta pregunta tiene una doble respuesta:

A) Aquellos significados y valores que la sociedad atribuya al paisaje megalítico. Para ello puede seguirse diversos caminos complementarios entre sí; el estudio de las percepciones paisajísticas en la sociedad local; el estudio de la iconografía local, es decir, de las imágenes cuya presencia es recurrente en medios de comunicación, cartelería, edificios públicos, y a las que la sociedad les atribuye una especial carga simbólica; el estudio sobre creaciones artísticas de índole diversa (literarias, pictóricas, cinematográficas) centradas en los ámbitos considerados. En este punto no se trata de seguir una secuencia, sino de seguir diversos caminos, cada uno de los cuales aboca a determinados resultados: Todos estos caminos deben llevar a la elaboración de un repertorio iconográfico de los ámbitos considerados, tomando el paisaje megalítico, o sus elementos, como

hilo conductor. Se trata de imágenes que forman parte del carácter paisajístico, pero dotadas de una especial carga simbólica, por el significado que se les atribuye.

B) Sin embargo, junto a esto es necesario adoptar un punto de vista más general, y preguntarse por la raíz de la fuerza expresiva del paisaje megalítico. Hay que partir de la base de que los ejes y cuencas visuales propios del mismo definen un sistema de relaciones visuales entre elementos estructurantes y básicos del paisaje: la litología, las geoformas más importantes y, eventualmente, elementos astronómicos, tales como los puntos de salida del Sol en solsticios o equinoccios.

Esas relaciones visuales, y la diaphanidad que les es propia, trascienden el campo del carácter y se constituyen en una fuente de recursos paisajísticos, es decir, de imágenes con gran fuerza expresiva; las construcciones megalíticas son, por así decirlo, una llave de acceso a esas imágenes, centradas en lo más básico y estructurante de los paisajes: Estos elementos del carácter se convierten en una metonimia de la individualidad de un territorio, determinadas partes adquieren la capacidad de comunicar el todo.

## De conjunto megalítico a paisaje megalítico

### Una caracterización del paisaje megalítico del entorno de Antequera

Una vez planteado el de carácter del paisaje megalítico, podemos hacer el ejercicio de comprobar su existencia en el entorno de la ciudad de Antequera. A este respecto, y, sin perjuicio de hallazgos e investigaciones posteriores, puede decirse que el entorno de Antequera cuenta con, al menos, un paisaje megalítico que reúne los rasgos propios del mismo: nos referimos a la alineación o eje que forman el Dolmen de Menga, el Tholos de El Romeral y la Peña de los Enamorados. Esta afirmación encuentra apoyo en los siguientes hechos e interpretaciones:

A) El Dolmen de Menga y el Tholos de El Romeral, a pesar de sus diferencias constructivas y tipológicas, presentan un rasgo común: ambos tienen forma tumular y se emplazan en la cima de pequeñas elevaciones. Si bien la literatura científica sobre estas dos construcciones no ha prestado hasta ahora especial atención a este hecho, podemos remitirnos a interpretaciones más generales antes citadas, acerca de las condiciones de emplazamiento de las construcciones megalíticas, e interpretar que ambas construcciones se emplazaron en esos lugares para ser vistas a distancia.

B) Ambas elevaciones tienen una altura diferente. Menga se emplaza en una colina de arenisca, cuya forma original no conocemos; dicha colina es claramente visible desde El Romeral y el entorno de éste; pero lo más relevante es que las actuales condiciones de visibilidad sugieren que ese emplazamiento reforzaba la monumentalidad el túmulo. Dicho de otro modo, la elevación y el túmulo se integraban paisajísticamente. En el caso de El Romeral pueden hacerse consideraciones similares, aun cuando se trate de una elevación menos pronunciada.

C) M. Hoskin y J. A. Belmonte insisten en la peculiaridad de la orientación del dolmen de Menga. En lugar de orientarse hacia un solsticio o equinoccio, se orienta hacia la Peña de los Enamorados. Investigaciones recientes precisan esta apreciación, planteando la orientación hacia el Abrigo de Matababras (GARCÍA SANJUÁN; WHEATLEY, en este volumen: 128).

D) Respecto a la orientación de El Romeral, es fácilmente constatable que este tholos se encuentra orientado hacia la cota máxima de la Sierra de El Torcal. Sin embargo, su localización hace posible que desde el exterior del túmulo y su entorno inmediato se perciban con nitidez los dos extremos del eje visual, el túmulo de Menga y, en sentido opuesto, la Peña de los Enamorados.

Todas estas constataciones y consideraciones nos llevan a corroborar la interpretación antes apuntada: esta alineación constituye un paisaje megalítico en toda la extensión de la palabra: se trata de un eje de 7'5 km, cuyo carácter está determinado por tres





005. Túmulos de los dólmenes de Viera y Menga /  
Imagen: Ikarum. Fuente: Conjunto Arqueológico  
Dólmenes de Antequera

hitos: el túmulo de Menga y la elevación de arenisca en el que se ubica; el túmulo de El Romeral y la colina margosa en el que se asienta; y la Peña de los Enamorados. Aun cuando tengan un tamaño y visibilidad diversa, definen un área paisajística con un carácter definido, diferenciable por ello de áreas circundantes, como la propia ciudad de Antequera, o la propia Vega, considerada como área paisajística con entidad propia.

#### Una fuente de recursos paisajísticos

Si somos consecuentes con lo planteado anteriormente, acerca del significado general del paisaje megalítico en tanto que recur-

so paisajístico, hay que plantear, respecto al que se acaba de caracterizar, la siguiente pregunta: ¿es este paisaje megalítico una fuente de imágenes con fuerza expresiva, configuradas por elementos estructurantes del paisaje?

Para responder adecuadamente a esta pregunta, hay que tener en cuenta que en Antequera y su entorno, (considerando como tal la vega de Antequera y los bordes que la circundan, en forma de masas calizas y formaciones margoyesíferas), pueden identificarse cuatro elementos estructurantes o de primer orden en el carácter general del paisaje: la propia ciudad de Antequera, emplazada en una estribación intermedia entre la

Vega y los cerros de arenisca que flanquean la ciudad; el área de la Vega propiamente dicha, de topografía llana, a semejanza de una lámina de agua; las formaciones calizas, tales como la Peña de los Enamorados, caracterizadas por la verticalidad y la rotundidad de formas; por último, los cerros areniscos que circundan la Vega, de formas más suaves y menor altura que las masas calizas.

Pues bien, es fácilmente constatable que el paisaje megalítico que se ha caracterizado anteriormente incluye una especial concentración de todos estos elementos, sea cual sea el sentido del eje visual que se considere. Puede decirse que este eje es un recurso paisajístico especialmente relevante para Antequera y su entorno, pues contiene, al menos, dos imágenes de gran fuerza expresiva:

- En sentido NE, desde Menga, encontramos una imagen de la Peña de los Enamorados, singularmente nítida en lo que respecta a su aspecto antropomorfo. Es el contraste entre la verticalidad y rotundidad de la propia Peña y la horizontalidad de la Vega (haciendo abstracción de los procesos recientes), la que dota a esta imagen de singular fuerza expresiva.

- En sentido contrario (SO), la imagen tiene también una gran fuerza pues reúne todos los elementos del paisaje de Antequera y su entorno de forma escalonada: la Vega, el Dolmen de Menga, la ciudad histórica, los cerros de arenisca y la masa caliza como telón de fondo. Todos aparecen aquí reunidos y concentrados formando un conjunto integrado, un orden que integra naturaleza y cultura.

### Consideraciones finales

La consideración del paisaje megalítico admite y requiere otros puntos de vista: es esencial la consideración de la vulnerabilidad de los recursos paisajísticos identificados, junto a sus causas; por otro lado, es necesario plantear propuestas y actuaciones de

índole diversa. En este sentido el Convenio Europeo del Paisaje también proporciona numerosos elementos de interés: los conceptos de protección, gestión y ordenación del paisaje; los de identificación y cualificación de paisajes; y, por último pero no menos importante, los objetivos de calidad paisajística.

Todo ello requiere de un fundamento teórico, no sólo general, sino en relación con la cuestión más específica del paisaje megalítico. Junto a ello, es esencial la aplicación de este marco teórico al entorno de Antequera. Ambos aspectos han sido planteados aquí en sus líneas más generales, con el fin de mostrar la necesidad de mirar con nuevos ojos el Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera, ejemplo muy relevante de paisaje megalítico, que como tal debe ser tratado en el futuro.

### Nota

<sup>1</sup> El presente artículo sintetiza algunos de los contenidos del proyecto El paisaje en el Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera, que reúne a un equipo multidisciplinar formado por investigadores y profesionales procedentes de la Geografía (Florencio Zoido Naranjo, Juan Vicente Caballero Sánchez), la Antropología (Isabel Durán Salado), la Arquitectura (Esther López Martín) y la Arqueología (Irena García Vázquez).